

EN REVERSA

Rosval

Será un mal día, lo presiento. A decir verdad, no tengo muchas ganas de levantarme, pero hay que hacerlo. Ir de compras nunca ha sido fácil, menos cuando se trata de conseguir globos de cumpleaños, y claro, setenta años pesan en las piernas. Carne flácida y huesos dormidos, que tampoco ayudan. Pero bueno, qué más da, me doy una ducha y estoy como nuevo. Eso decía mi esposa: báñate y se te pasarán todos los malestares, como si pudiera meterme en agua milagrosa. A ella no le costaba creerlo; siempre tenía en la cartera una botellita bendecida por el cura, que sacaba para mojar las cabezas de los nietos cuando se caían y se lastimaban las rodillas. Porque mi esposa cree en esas cosas... Y me gritaba: ¡cerveza y completos, cerveza y fútbol, cerveza y amigos, pero nunca tu mujer! Yo le respondía suave, diciéndole que no fuera así, y ella me contestaba más fuerte aún: ¡ándate con tu botella nomás, que yo ando con la mía! Después se daba la vuelta y sonreía con astucia. Recién ahí comprendía que me estaba molestando.

Ya estoy listo para salir de compras o paseo, como quieran llamarlo. Dos pasos en la calle y siento cómo el viento cimbra mis ideas, espantando las imágenes de hojas mudas entre luces y voces. Eso me asusta, porque lo más seguro es que para la tarde se me haya olvidado todo y me pierda en otras cabezas. Voy envuelto en mi chaqueta de invierno, hace frío, llevo el paraguas. Camino despacio y observo que el virus se mete a las casas, a los lagrimales, a las mismas palabras de la gente, y nadie lo nota. No puedo hacer nada por ellos; se ven alegres y creo que es imposible luchar contra otras felicidades. Qué importa. Queda mucho para llegar al supermercado, pero debo seguir a pie y evitar la

locomoción colectiva; los microbuseros van por donde quieren y nunca me han dejado en mi destino; además no sabría cuál tomar. Es una cuestión de lógica.

Mi marcha se atora cuando escucho a una pareja discutir. Intento pasar desapercibido, pero igual escucho: ¡es tu culpa!, dice ella. Qué culpa tengo yo, responde él. ¡Eres un imbécil y llegas muy tarde para ver la ecografía de tu hija! A eso voy, mujer, fue solo un trago y te estoy diciendo la verdad. ¡Tu verdad hoy día me importa muy poco! Por favor, no digas eso, si ya saqué lo malito de mi cuerpo; mírame, estoy bañado y perfumado para ti y para mi hijo. ¡Es una niña! Una niñita, qué alegría... Ella sí que va a quererme, y te juro por ella que no bebo más, si lo de ayer fue una celebración, por tu embarazo, por nuestra boda. ¿Qué? ¿Nos vamos a casar? Sí, y cuando tú lo digas, amorcito.

Por la acera apresuro los huesos, que suenan como bisagras oxidadas. ¡Señor, oiga, señor!, me llama ahora un pequeño a la distancia, ¡no tiene puesta la mascarilla! Oh, sí, lo siento, por eso la gente me miraba como enojada... No la encuentro en los bolsillos, quizá la dejé en la casa. ¡Está en su cabeza! Ah, qué estúpido, gracias, ¿y qué haces solo por aquí?, le pregunto. Estoy esperando a mi abuelito. ¿No seré yo, verdad? No, él anda con un bastón y un gorro de lana. ¡Ey! Abuelito, aquí estoy. ¿No te he dicho que no converses con extraños? Sí, pero... Nada de peros. Pero él se parece mucho a ti. ¿Te conozco?, me mira el anciano. No sé, yo creo que tú me pareces conocido. ¿Jugabas fútbol? Sí, y después iba a tomar cerveza... ¿En qué club? No me acuerdo, creo que nos juntábamos en la sede del Arte Dorado o algo así. Querrás decir Años Dorados. Puede ser, mi memoria no anda nada bien. La mía tampoco, este niño

dice que soy su abuelo, pero yo no recuerdo haber tenido hijos y menos nietos. Jajá, nos reímos ambos de la ocurrencia.

Está terrible la cosa... ¿Cuál?, ¿la realidad? Sí, esta realidad que se sostiene en palafitos débiles y se cae con la sutileza de la pandemia. Ah, te refieres al virus... ¿La familia cómo anda? Bien, aunque mi mujer se fue hace un mes. Lo siento... Y ¿por qué te dejó? Ahora que lo preguntas, no me acuerdo; mi memoria está malísima. Bueno, no te angusties... Yo también estoy solo; claro que mi última mujer se fue con otro. ¿Se puede preguntar por qué? Sí, claro; fue porque un día llegué tarde a la casa, cuando estaban celebrando su cumpleaños, y se me había olvidado. Igual le aclaré que era culpa suya, porque antes de que yo saliera a juntarme con amigos ella estaba muy irritable, me trató mal toda la mañana, me dijo ándate y olvídate de todo, si te olvidas serás feliz. Me fui, y al rato supe que tenía razón; durante el día me olvidé de todo y fui feliz, claro, sin imaginar lo que vendría después: esa misma noche se fue con uno de sus invitados. Lo siento por eso. No te preocupes... Oye, y ¿qué haces aquí, solo? ¿Qué hago aquí...? ¡Ah, cierto! Me tengo que ir, adiós, nos veremos en otra ocasión. ¿Adónde vas? Al supermercado, digo, y reemprendo la caminata.

Avanzo a medida que las huellas se adormecen sobre la mañana, paso junto al típico fumador de la calle, nostálgico, con los ojos clavados en el horizonte de edificios; doblo la esquina y me enfrento al puesto de frutas secas donde una joven vendedora me ofrece maní tostado. Entro a una cafetería y me compro un capuchino, mientras afuera el viento arranca sin escrúpulos las hojas de un árbol de escasas ramas.

Las primeras gotas del invierno caen formando venosas figuras en el cemento. Busco el paraguas; no está. Vuelvo al negocio. Señorita, ¿dejé mi paraguas por aquí? No lo he visto, señor, quizá lo dejó en alguna de las mesas. No creo... Bueno, gracias. Sorbo el café sin abandonar el local. Al rato la lluvia disminuye.

Sin que me dé cuenta, el borde costero se presenta ante mis ojos. Lo había dicho antes, o quizá no: vivo en la costa del litoral, a varias cuadras del puerto, y ocasionalmente realizo caminatas, de preferencia en invierno, época del año en que no hay tantos turistas enfocando sus endemoniadas selfis. Hoy es un día agradable, al menos para mí.

La marejada se muestra enérgica con sus fauces espumosas, y La gran ola de Kanagawa parece llamarme con su voz fragante. La brisa golpea mi cara mientras saboreo diminutas partículas de sal. En este momento no recuerdo nada, el olvido se adhiere a mí como los erizos al roquerío azotado por las olas. Inhalo y exhalo una y otra vez. Siento el vacío en mis párpados y mi memoria circula entre fugases evocaciones; chispazos de la niñez enfrentados a una adolescencia callejera.

Abuelo, ¿qué hace aquí?, me preguntan. ¿Te conozco? Soy su sobrino, ¿no me recuerda, o ya se tomó su copita de vino? Más respeto, jovencito; y sí, me acuerdo, eres el grosero que siempre me trata de vejestorio. Pero es de cariño, si usted es el vejete que más quiero. Además de malcriado, mentiroso. ¿Y quién es ella? Una amiga del liceo. ¡Es bonita! ¿Andas trayendo condones? ¡Ea!, abuelo, no se pase para la punta. Disculpa, niña, pero mira que este salvaje no le tiene respeto a nada, y es mejor que te alejes de él. Gracias, pero no se

preocupe, su sobrino no es tan malo, quizás algo locote, pero eso lo puedo manejar. Ah, no eres tontita y eso me gusta. Párenla los dos con atacarme. Sobrinito, no es un ataque, es por tu bien: ambos te vamos a proteger de tus estupideces. ¡Ya, córtela...! ¿Y qué hace aquí abuelo? ¿No debería estar haciendo las compras para celebrar el cumpleaños de la abuela? ¿Qué? ¿Ella está bien? Jajá, no me diga que ya se olvidó de ella. Vengo de hablar con la abuela, y me dijo que si me topaba con usted, le dijera que le envié la lista de las cosas que necesita para la torta por el WhatsApp. No me mientes, ¿verdad? Abuelo, ahora yo voy a reírme de usted. No te atrevas, malcriado. Ah, y me dijo que no se olvidara de las aceitunas. El WhatsApp no miente, y yo le ayudé a escribir la lista. Chao, sobrinito, nos vemos en la celebración.

Salgo aprisa del puerto. Siento el crujir de mis rodillas y la respiración agitada. Relajo los pasos, busco la calma; no vaya a darme un paro cardiaco ahora que recuperaré a mi mujer. A los minutos entro al supermercado, hay poca gente. Compro lo necesario, sin olvidar las aceitunas.

El camino a casa me parece hacerlo en reversa y en cámara lenta. Vuelvo a toparme con la pareja que tendrá un hijo; beben café mientras él acaricia el vientre de la mujer. Cerca de la plaza, el niño me grita que no olvide la mascarilla, y su abuelo me invita a tomar cerveza. Le respondo que en otra ocasión. En la esquina, el fumador tiene un regadero de colillas, y la cajetilla de cigarros está en el cemento, disfrutando del vacío. A unos pasos, la vendedora de frutos secos me ofrece almendras; yo le compro pasas. Frente a la cafetería, la vendedora me dice que encontró mi paraguas, le agradezco su amabilidad y le comento que hace mucho frío. Luego y antes de entrar a mi casa pienso: ¿será que la vida se

Rosval

presenta más feliz en reversa? Mm... Por ahora ya no importa, mi mujercita abre la puerta y yo sonrió aferrado a la bolsa de las compras.